

## Macario Santiago Kastner: Un maestro integral

José Luis González Uriol

---

TEXTO EM HOMENAGEM A MACARIO SANTIAGO KASTNER (1908-1992) NO 25º ANIVERSÁRIO DA SUA MORTE

IN HONOUR TO MACARIO SANTIAGO KASTNER (1908-1992) ON THE 25<sup>TH</sup> ANNIVERSARY OF HIS DEATH

---

**R**ecordar mis años de estudio musical en Lisboa, bajo la atenta mirada y la guía solícita del Maestro Kastner o Don Santiago, como yo lo llamaba habitualmente, que ejercía con cordial pero exigente magisterio, equivale para mí a una época de plena felicidad y de reconocimiento a su labor, ya que mi futura vida profesional fue gestada en Lisboa en aquellos años en manos de su profundo conocimiento e impresionante saber.

En estos cortos renglones me gustaría destacar tanto la faceta intelectual como el perfil humano de esta figura excepcional en el mundo de la investigación y de la praxis de los instrumentos históricos en general y muy especialmente de los instrumentos de tecla. Para ello me permitiré utilizar sus propias palabras a través de su intensa y prolífica actividad epistolar en la que trata y escribe de «lo divino y de lo humano».

Pero comencemos por el principio, corría la mitad de la década de los años 60, yo era un joven organista de la Iglesia de los Jesuitas de Zaragoza, a la par que preparaba mi Diploma en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid y me asomaba curioso al inmenso universo de la música histórica española. Por aquel entonces el ambiente organístico de la ciudad giraba, fundamentalmente, en torno al órgano de la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, un gran instrumento, no tanto por la calidad como por su grandioso tamaño, y de su organista titular que en aquel entonces había pisado tierras alemanas y asistido a las clases del entonces famoso organista Profesor Helmut Walcha. Los apasionados del órgano asistíamos con pasión a los ensayos del citado organista y que tenían lugar a puerta cerrada y a altas horas de la noche en la Basílica del Pilar, escuchando con éxtasis el *Allegro* de la *Sinfonia* de Charles-Marie Widor, que siempre

intentaba tañer más y más rápido, para estar a la altura del virtuosismo de los grandes artistas. Aquellos momentos nos servían como manjar exquisito y material singular para las tertulias, absolutamente monotemáticas: el órgano!

En lo que podríamos considerar como una beneficiosa coyuntura, apareció en nuestra ciudad un organista portugués de nombre Eduardo Simões, para participar en el Congreso Internacional de Órgano, organizado por el GDO (Sociedad Internacional de Organistas) que iba acompañado de un ciclo de conciertos que tenían lugar en la citada Basílica del Pilar. Aprovechando que debía ayudarlo como registrante, y tal como ocurre habitualmente entre colegas, en amena conversación, y con unas buenas viandas de por medio, Eduardo me puso al corriente de la actividad organística de la ciudad de Lisboa y de su participación en ella, a través del Profesor Macario Santiago Kastner, figura de prestigio mundial en el ámbito de la música histórica ibérica de «tecla» e imprescindible en la praxis e interpretación de esa música de la que yo comenzaba a vislumbrar su importancia en el contexto de la historia viva de la música europea y que, sin embargo, era todavía una auténtica desconocida. Así las cosas, y atraído por la magia de aquellos maravillosos sonos desconocidos, quise saber más de ese personaje que me podía abrir las puertas a un mundo musical, que yo atisbaba a través del impresionante universo del resto de las artes. Mi nuevo amigo me informó con enorme entusiasmo de lo que se cocía en el aula de clavicordio, única en Europa por aquel entonces. Así mismo me puso al corriente de las numerosas publicaciones ya editadas por el Profesor Kastner. Sobre todo lo que se podría considerar como la «biblia» de la música ibérica: *Música Hispánica* (Lisboa 1936) y *Contribución al estudio de la Música Portuguesa* (Lisboa 1941). Todo ello creó en mi interior un deseo imprescindible y urgente de conocer a Don Santiago.

Otro suceso inesperado hizo que ese deseo se convirtiese en una realidad. En esa época yo daba lecciones de piano a los hijos de un gran amigo e importante melómano, Manuel Mainar, conocedor de mis pretensiones y deseos. Un buen día me contó con gran alborozo que el Profesor Kastner iba a impartir una conferencia sobre «Antonio de Cabezón» en el Salón de Actos del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. No puedo explicar la inmensa alegría que me invadió; por fin tenía la oportunidad de conocer al gran personaje. Cada palabra de su docta conferencia hacia crecer más y más el deseo de profundizar, bajo su guía, en los arcanos de la música antigua. Una vez concluida su intervención me acerqué con enorme impaciencia para expresarle mi empeño de poder estudiar clavicordio e interpretación de música antigua bajo su dirección. La distancia lógica entre un neófito, como yo, y la grandeza de quien domina las claves del conocimiento, se desvanecieron en un momento y la altura del sabio descendió con enorme humildad al nivel del principiante. Me acogió con el cariño de un viejo amigo y me dijo que estaría encantado en admitirme en su aula de clavicordio. La intendencia de mi estancia en esa bella ciudad fue solucionada gracias al mecenazgo de mi citado amigo y mentor Manolo Mainar.

A partir de ese momento fueron apareciendo las portentosas cualidades del lado humano del sabio Kastner. Desde aquel instante comienza una relación que, tras dejar Lisboa, se mantuvo a través de las cartas que nos escribíamos y que enriqueció de modo significativo toda mi vida.

La relación de amistad de Kastner con sus discípulos, se hace patente en su preocupación por los detalles más minúsculos de la vida diaria de los mismos, eso sí, exigía seriedad y claridad por parte de estos. En octubre de 1966 me escribía sobre mi posible hospedaje en la casa de la madre de un alumno suyo de Lisboa y los costes aproximados que ello supondría. En la misma carta hacía referencia a la falta de seriedad de algún candidato cuyo nombre omitiré:

[...] no sé cuando esa persona vendrá a Lisboa [...] para decir la verdad ese señor sigue siendo un enigma para mí [...] aún no he logrado penetrar en el vergel de su alma para verificar sus cualidades positivas y sus aspectos negativos, a Vd. Le veo mucho más claro y no me deja Vd. lugar para dudas [...].

En noviembre de 1966 se dirigía a mí en los siguientes términos: «mi querido y distinguido Amigo, le doy las gracias por su carta, manifestando mi alegría de que podrá venir a Lisboa. Sin duda alguna realizaremos trabajo fecundo y seremos buenos compañeros» y tras puntualizar los períodos en los que se encontraría en Lisboa, añadía algunas indicaciones de lo que sería el programa de trabajo:

Respecto a libros de música, convendría traer los *Tientos y Fugas de Cabezón*, *Silva Ibérica* tomos I y II, *Música en la Corte de Carlos V*. ¿Posee Vd. los cuadernos *Bermudo* y *Tomás de Santa María en Orgue et Liturgie*? ¿Y tiene algo de Correa de Arauxo y Cabanilles? Claro está aquí podre prestarle algunas obras incluso algo de Bach o Frescobaldi para trabajar el sonido del Clavicordio y ciertos aspectos de alteraciones rítmicas y de adornos [...].

Recuerdo con especial regocijo aquellas tardes de conciertos de órgano en la Sé de Lisboa, la figura oronda del Maestro esperando a los que consideraba como auténticos «discípulos», más que meros alumnos, y que nos acomodábamos a su alrededor para escuchar de vez en cuando en forma de susurros, las opiniones sobre una frase, una articulación, un adorno o una forma estética. Cuando lo que escuchábamos era una masa sonora sin detalle y que llegaba a ser monótono y tedioso, lo definía como «un moco largo». Si su rostro se transformaba y dejaba vislumbrar la satisfacción de haber dado un paso hacia la perfección, quería decir que todo era de su agrado. Tras el sustento espiritual, era una costumbre acercarnos a algún local de su preferencia, donde los dueños le recibían como a un personaje de alta alcurnia, debido seguramente a las espléndidas propinas con

que siempre les obsequiaba, donde nos invitaba a unas croquetas de bacalao regadas con una «imperial» o una jarra de vino verde, dando por terminada una jornada memorable.

Las clases frecuentes en el aula de clavicordio del Conservatorio Nacional de Música, transcurrían entre doctas observaciones de la mano de los más importantes tratadistas y compositores renacentistas y barrocos, la práctica del toque en un instrumento de tan alta exigencia y todo un mundo de anécdotas, vivencias y experiencias con las que quedaban evidentes las doctrinas que formaban la base de la enseñanza musical completa.

Don Santiago era, sin duda, un auténtico pozo de sabiduría, y no concebía la música como un arte aislado. Hacía hincapié en que, para un profundo conocimiento de la misma era necesario conectarla con el resto de las demás artes para poder saber que un Antonio de Cabezón no se podía entender estéticamente, sin haber comprendido lo que significaba Tiziano o el pórtico de la Universidad Vieja de Salamanca.

A propósito de su enseñanza en el campo del canto solístico y habida cuenta de su obsesión por la afinación de los grupos orquestales o de cámara, nos contó que en cierta época tenía una pequeña «perrita» que tenía una especial habilidad para detectar las desafinaciones, de manera que en las lecciones de canto que daba en su casa, cada vez que el cantante o la cantante de turno desafinaba, por poco que fuera, la perrita comenzaba a emitir unos gruñidos o sonidos guturales extraños que indicaban la presencia de una clara desafinación y que Don Santiago aprovechaba para corregir con seguridad aquellos errores.

Recuerdo con cariño y emoción las muestras de afecto y amistad con las que me honró en muchas ocasiones. Un día después de clase en el Conservatorio, me comunicó que debía hacer un encargo en la sastrería donde le confeccionaban sus trajes y camisas. Una vez allí me presentó al personal de la tienda y sin añadir una sola palabra les pidió que sacasen todos los tejidos de «pijamas» que tenían, añadiendo «como este amigo y discípulo mío va a contraer matrimonio en unos meses, me gustaría regalarle un pijama a medida para la noche de boda, por favor tómenle medida y que elija una tela». ¡Portentoso!

Inolvidables eran los almuerzos o cenas que, con la excusa de la discusión de algún tema o celebración particular nos reunía en torno a una mesa, eso si en lugares de probada solvencia y que indefectiblemente se convertían en auténticos acontecimientos gastronómicos, donde Don Santiago volvía a demostrar una auténtica maestría también en el campo de los exquisitos sabores.

Con ocasión de aquellas interesantísimas «Semanas de Música Ibérica» que a la sazón se celebraban en Évora, el primer día amanecí con un intenso dolor en el dedo pulgar del pie derecho que de alguna manera me preocupaba y que el joven médico que me atendió en urgencias del hospital me diagnosticó inmediatamente un ataque de gota. Tan pronto como pude se lo conté a Don Santiago, quien me aconsejó un remedio casero infalible, unos buenos tragos de «vino verde»

que realmente era muy diurético. Seguí sus consejos al pie de la letra y cuando la hinchazón era tanta que me impedía calzarme, tuve que volver al hospital donde me explicaron que lo peor que había para evitar la «gota» era la ingesta de bebidas alcohólicas, así que desistí de seguir los consejos de mi querido Don Santiago.

Tal como comentaba al principio de este escrito, mi estrecha relación con Don Santiago constituyó sin duda alguna el período mas instructivo y feliz de mi vida musical.

Quisiera dar fin a este pequeño encuentro con los pensamientos del que fue el más grande Maestro y conocedor más profundo del patrimonio organístico de la Península Ibérica, dando la máxima importancia a la humildad de quien tiene siempre algo que aprender, ya sea en la teoría como en la práctica del «buen Tañer». Muchas son las ideas y opiniones que quedan entrelazados en las letras de esa numerosa actividad epistolar, que podría constituir un posible trabajo de investigación. Acabo con unas palabras que conforman el perfil de un hombre sabio.

[...] te mando xerocopia de la carta que me escribió el Canónigo Alegría, quien se refiere a ti en términos muy elogiosos. Me alegran muchísimo esas palabras de loor que mereces plenamente. Debo añadir que tu concierto me agradó muchísimo, me gustan la autoridad y el dominio con que tocas, asimismo las registraciones y la claridad de la articulación.

Estás en excelente forma. Solo le pido a Dios que no te consideres 'llegado', cosa que jamás me consideré, puesto que nuestra evolución debe ser constante y continua. Cuanto a mí, lo que te enseñé hace unos tantos años ya no es lo mismo que enseño ahora. Mientras tanto escudriñé, estudié e investigué más y más con el fin de enseñorearme lo más posible de los diferentes estilos de antaño y de adaptarlos a la sensibilidad del público del último tercio del siglo XX. (10 agosto 1976)

